

tal forma é con tan grande piedad della se acordara, é dijo á los caballeros: «Creed cierto, señores, estas tales vueltas é mudanzas é maravillas son del muy alto Señor, que á nos cuando las vemos muy grandes parecen; é ante el su gran poder en tanto como nada con razon deben ser tenidas.—Pues veamos agora estos grandes señoríos, estas riquezas que tantas congojas, cuitas, dolores é angustias nos atraen por las ganar, é ganadas, por las sostener, seria mejor, como supérfluas é crueles atormentadoras de los cuerpos, é

mas de las ánimas, dejar é aborrecerlas, viendo no ser ciertas ni durables. Por cierto digo que no, antes afirmo que seyendo con buena verdad, con buena conciencia ganadas é adquiridas, é haciendo templadamente dellas satisfacion á aquel Señor que las da, reteniendo en nos tanta parte, no para que la voluntad, mas para que la razon satisfecha sea, podamos en este mundo alcanzar descanso, placer é alegría, y en el otro perpétuo, perpétuamente en la gloria gozar del fruto dellas.

ACÁBASE EL PRIMERO LIBRO DEL NOBLE É VIRTUOSO CABALLERO AMADÍS.

INTRODUCCION DEL LIBRO SEGUNDO DE AMADÍS DE GAULA.

É PORQUE LAS GRANDES COSAS QUE EN EL LIBRO CUARTO DE AMADÍS SE DIRÁN, FUERON DESDE LA ÍNSOLA FIRME, ASÍ COMO POR ÉL PARECE, CONVIENE QUE EN ESTE SEGUNDO SE HAGA RELACION QUÉ COSA ESTA ÍNSOLA FUÉ, É QUIÉN AQUELLOS ENCANTAMENTOS QUE EN ELLA HOBÓ É GRANDES RIQUEZAS DEJÓ; PORQUE SIENDO ESTE EL COMIENZO DEL DICHO LIBRO, EN EL LUGAR QUE CONVIENE VAYA RELATADO.

En Grecia fué un rey casado con una hermana del emperador de Constantinopla, en la cual hobo dos hijos muy hermosos, especialmente el mayor, que Apolidon hobo nombre; que así de fortaleza del cuerpo como de esfuerzo de corazon en su tiempo ninguno igual le fué. Pues este dándose á las sciencias de todas artes, con el su sutil ingenio, que muy pocas veces con la gran valentía se concuerda, tanto dellas alcanzó, que así como la clara luna entre las estrellas, mas que todos los de su tiempo resplandecia; especial en aquellas de nigromancia, aunque por ellas las cosas imposibles parece que se obran. Pues este rey, su padre destes dos infantes, seyendo muy rico de dinero é pobre de la vida, segun su gran vejez, veyéndose en el extremo de la muerte, mandando que al su hijo Apolidon, por ser mayor, el reino le quedase, al otro los sus grandes tesoros é libros, que muchos eran é mucho valian, dejaba; mas él, desto no contento, con muchas lágrimas á su padre decia que con aquello quasi desheredado era.

El padre, torciendo sus manos, no pudiendo mas hacer, en gran angustia su corazon estaba; mas aquel famoso Apolidon, que así para las grandes afrentas como para los autos de virtud su corazon dino era, veyendo la cuita del padre é la poquedad del hermano, dijo que porque su alma consolada fuese, que tomando él los tesoros é sus libros, á su hermano dejaría el reino; de lo cual el Rey su padre muy consolado, con muchas lágrimas de piedad su bendicion le dió. Pues tomando Apolidon los grandes tesoros é los libros, aparejar hizo ciertas naves, así de buenos caballeros escogidos como de bastimentos é armas; y en ellas metido, por la mar se fué, no á otra parte sino donde la ventura lo guiaba; la cual veyendo cómo este infante en su arbitrio se ponía, quiso que aquella grande obediencia de su viejo padre, dada con mucha gloria é

mucha grandeza, pagada le fuese, trayendo viento tan próspero, que sin entreevalo la su flota en el imperio de Roma arribó, donde á la sazón emperador era el Siudan llamado, del cual fué muy bien recebido; é allí estando algun espacio de tiempo, juntas las sus grandes cosas en armas que ante por otras tierras habia fecho, de las cuales en gran estima era su gran loor ensalzado, con las presentes que allí fizo, fué causa que con demasiado amor de una hermana del emperador, Grimanesa llamada, amado fué, que por todo el mundo su gran fama y hermosura en aquel tiempo entre todas las mujeres florecia. De que se siguió que así él amándola como amada era, no teniendo el uno y otro esperanza de ser sus amores en efecto venidos por ninguna guisa, á consentimiento de los dos salida Grimanesa de los palacios del Emperador su hermano, y puesta en la flota de su amigo Apolidon, por la mar navegando, á la ínsola Firme aportaron, que de un gigante bravo señoreada era. Don Apolidon, sin saber qué tierra fuese, mandó sacar una tienda é un rico estrado, en que su señora holgase, que muy enojada de la mar andaba. Mas luego á la hora el bravo Gigante armado, á ellos viniendo, en gran sobresalto los puso; con el cual, segun de la costumbre de la ínsola, por salvar á su señora é á sí é su compañía Apolidon se combatió; y venciéndole con su sobrada bondad é valentía, quedando muerto en el campo, fué Apolidon libre señor de la mesma ínsola; que despues de haber visto la su gran fortaleza, no solamente al emperador de Roma, á quien enojado tenia por le haber así traído á su hermana, mas á todo el mundo, no temia; en la cual, por ser el Gigante tan malo é soberbio, muy desamado de todos era, é Apolidon, despues de ser conocido, muy amado fué. Ganada la ínsola Firme por Apolidon, como habeis oido, en ella con su amiga Grimanesa moró diez y seis años con tanto placer, que sus ánimos satisfechos

fueron de aquellos deseos mortales que el uno por el otro pasado habian. En aquel tiempo fueron fechos muy ricos edificios, así con sus grandes riquezas como con su sobrado saber, que á cualquiera emperador ó rey, por rico que fuese, fueran muy graves de acabar.

En cabo destes años, muriendo el emperador de Grecia sin heredero, conociendo los griegos las bondades deste Apolidon y ser de aquella sangre é linaje de los emperadores, é por parte de su madre asimesmo, de todos en una concordia é voluntad elegido fué; enviando á él allí donde en la ínsola estaba sus mensajeros, por los cuales le facian saber quererlo por su emperador. Apolidon veyendo ofrecérsele un tan gran imperio, como quiera que en aquella ínsola todos los deleites que fallar se podrian alcanzase, é conociendo que de los grandes señoríos antes fatigas et trabajos que deleites é placer se alcanzan, é si algunos hay, son mezclados con amargos jaropes, siguiendo lo natural de los hombres mortales, cuyo deseo nunca es contento ni harto, acordó con su amiga que, dejando aquellos donde estaban, tomasen el imperio que se les ofrecia; mas ella, habiendo gran mancilla que una cosa tan señalada como lo era aquella ínsola, donde tales y tan grandes cosas quedaban, poseida por aquel su grande amigo, el mejor caballero en armas que en el mundo se hallaba, é por ella, que por el semejante sobre todas las de su tiempo su gran hermosura loada era; é junto con esto ser amados de sí mesmos en la mesma perfeccion que del amor alcanzar se puede, rogó á Apolidon que antes de su partida dejase allí por su gran saber cómo en los venideros tiempos aquel lugar señoreado no fuese sino por persona que, así en fortaleza de armas como en lealtad de amores y de sobrada hermosura, á ellos entrambos pareciese. Apolidon le dijo: «Mi señora, pues que así os place, yo lo haré de guisa que de aquí ningún señor ni señora ser pueda, sino aquellos que mas señalados en lo que habeis dicho sean. Entonces hizo un arco á la entrada de una huerta en que árboles de todas naturas habia, é otrosí habia en ella cuatro cámaras ricas de extraña labor, y era cercada de tal forma, que ninguno á él la podia entrar sino por debajo del arco; encima del puso una imagen de hombre de cobre, y tenia una trompa en la boca como que queria tañer; é dentro en el un palacio de aquellos puso dos figuras á semejanza suya y de su amiga, tales que vivas parecian, las caras propriamente como las suyas y su estatura, y cabe ellas una piedra jaspe muy clara; é fizo poner un padron de fierro de cinco codos en alto á un medio trecho de ballesta en un campo grande que ende era, é dijo: «De aquí adelante no pasará ningún hombre ni mujer si hobieren errado á aquellos que primero comenzaron á amar, porque la imagen que védes tañerá aquella trompa con son tan espantoso á fumo é llamas de fuego, que los fará ser tollidos, é así como muertos serán deste sitio lanzados; pero si tal caballero ó dueña ó doncella aquí vinieren que sean dignos de acabar esta aventura por la gran lealtad suya, como ya dije, entrarán sin ninguno entreevalo, é la imagen hará tan dulce són, que muy sabroso sea de oír á los que lo oyeren; y estos verán las nuestras imágenes, é sus nombres escritos en el jaspe, que no sepan quién los escribe.» E to-

mándola por la mano á su amiga, la fizo entrar debajo del arco, é la imagen fizo el dulce són, é mostróle las imágenes é sus nombres dellos en el jaspe escritos. E saliéndose fuera, hobo Grimanesa gana de lo facer probar, é mandó entrar algunas dueñas é doncellas suyas, mas la imagen fizo el espantoso són con gran fumo é llamas de fuego; luego fueron tollidas sin sentido alguno é lanzadas fuera del arco, é los caballeros por el semejante; de que Grimanesa, seyendo cierta sin peligro ser, con mucho placer, dellos se reia, gradeciendo mucho á su amado amigo Apolidon aquello que tanto en satisfacion de su voluntad habia hecho, é luego le dijo: «Mi señor, pues ¿qué será de aquella rica cámara en que tanto placer y deleite hobimos?—Agora, dijo él, vamos allá, é veréis lo que hí faré.» Entonces se fueron donde la cámara era, é Apolidon mandó traer dos padrones, uno de piedra é otro de cobre, y el de piedra hizo poner á cinco pasos de la puerta de la cámara, y el de cobre otros cinco mas desviado; é dijo á su amiga: «Agora sabed que en esta cámara no puede hombre ni mujer entrar en ninguna manera ni tiempo fasta que aquí venga tal caballero que de bondad de armas me pase, ni mujer si á vos de hermosura no pasare; pero si tales vinieren que á mí de armas é á vos de hermosura venzan, sin estorbo alguno entrarán.» E puso unas letras en el padron de cobre que decian: «De aquí pasarán los caballeros en que gran bondad de armas hobiere, cada uno segun su valor; así pasarán adelante.» E puso otras letras en el padron de piedra que decian: «De aquí no pasará sino el caballero que de bondad de armas á Apolidon pasará.» Y encima de la puerta de la cámara puso unas letras que decian: «Aquel que me pasare de bondad entrará en la rica cámara y será señor desta ínsola; é así llegarán las dueñas é doncellas; así que, ninguna entrará dentro si á vos de hermosura no pasare.» E hizo con su sabiduría tal encantamento, que con doce pasos al derredor ninguno á la cámara llegar podia, ni tenia otra entrada sino por la via de los padrones que habeis oido, é mandó que en aquella ínsola hobiese un gobernador que la rigiese é cogiese las rentas della, y fuesen guardadas para aquel caballero que ventura hobiese de entrar en la cámara é fuese señor de la ínsola; é mandó que los que falleciesen en lo del arco de los amadores que sin les hacer honra los echasen fuera, é á los que lo acabasen los sirviesen; é dijo mas, que los caballeros que la cámara probasen é no podiesen entrar al padron de cobre, que dejasen allí las armas, é los que algo del padron pasasen, que no les tomasen sino las espadas, é los que al padron de mármol llegasen que no les tomasen sino los escudos; é si tales viniesen que deste padron pasasen é no podiesen entrar, que les tomasen las espuelas; é á las doncellas é dueñas que no les tomasen cosa, salvo que diciendo sus nombres los pusiesen en la puerta del castillo, señalando á do cada una habia llegado, é dijo: «Cuando esta isla hobiere señor se desfará el encantamento para los caballeros, que libremente podrán pasar por los padrones y entrar en la cámara; pero no lo será para las mujeres fasta que venga aquella que por su gran hermosura la aventura acabará, é albergare den-

tro en la rica cámara con el caballero que el señorío habrá ganado. » Esto así hecho, Apolidon é Grimanesa, dejando á tal recaudo la insola Firme, como oido habeis, en sus naos partieron dende é pasaron en Grecia, donde fueron emperadores é hobieron hijos que en el imperio despues de sus dias sucedieron.

Mas agora dejando de hablar mas en esto, se os contará lo que Amadís é sus hermanos é Agrájes, su primo, hicieron despues que fueron partidos de casa de la hermosa reina Briolanja.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo Amadís con sus hermanos é Agrájes, su primo, se partieron adonde el rey Lisuarte estaba, é cómo les fué aventura de ir á la insola Firme encantada á probar las aventuras, é lo que allí les acaesció.

Amadís é sus hermanos é su primo Agrájes, estando con la nueva reina Briolanja en el reino de Sobradisa, donde della muy honrados y de todos los del reino muy servidos eran; pensando siempre Amadís en su señora Oriana y en la su gran hermosura, de grandes angustias y de grandes congojas su corazon era atormentado, derramando tantas lágrimas durmiendo y velando, que por mucho que él las queria encobrir, manifiestas á todos eran; pero no sabiendo la causa dellas, en diversas maneras las juzgaban; porque así como el caso grande era, así con la su mucha discrecion el secreto era guardado como aquel que en su fuerte corazon todas las cosas de virtud encerradas tenia. Mas ya no pudiendo su atribulado corazon tanta pena sufrir, demandó licencia á la muy hermosa Reina con sus compañeros, y en el camino donde el rey Lisuarte estaba se puso, no sin gran dolor é angustia de aquella que mas que á sí lo amaba.

Pues algunos dias con gran deseo caminando, la fortuna, porque así le plugo, con mayor tardanza que él quisiera ni pensaba, lo quiso estorbar, como agora oiréis, que hallando en el camino una ermita y entrando en ella á hacer oracion, vieron una doncella hermosa é otras dos doncellas é cuatro escuderos que la guardaban; la cual ya de la ermita saliera, y á ellos esperando en el camino, cuando á ella llegaron les preguntó adónde era su camino. Amadís le dijo: «Doncella, á casa del rey Lisuarte imos, é si allá vos place ir, acompañar vos hemos. — Mucho vos lo agradezco, dijo ella; mas yo voy á otra parte, é porque vos vi andar así armados como los caballeros que las aventuras demandan, acordé de os atender si querria ir alguno de vosotros á la insola Firme por ver las extrañas cosas é maravillas que hí son, que yo allá voy, é soy fija del gobernador que agora la insola tiene. — ¡Oh santa Maria! dijo Amadís, por Dios, muchas veces oí decir de las maravillas de esa insola, et por dichoso me ternia de las ver, é hasta agora no se me aparejó. — Buen señor, no os pese por lo haber tardado, dijo ella; que otros muchos tovieron ese deseo, é cuando lo pusieron en obras no salieron de allí tan alegres como entraron. — Verdad decís, dijo él, segun lo que dende he oido; mas decidme, ¿rodeariamos mucho de nuestro camino si por ende fuésemos? — Rodeariades dos jorna-

das, dijo la doncella. — Contra esta parte de la gran mar es esta insola Firme, dijo él, donde es el arco encantado de los leales amadores; donde ningun hombre ni mujer entrar puede si erró á aquella ó aquel que primero comenzó amar. — Esta es, por cierto, dijo la doncella; que así eso como otras muchas cosas de maravillar hay en ella. » Entonces dijo Agrájes á sus compañeros: «Yo no sé lo que vosotros haréis; mas yo ir quiero con esta doncella y ver las cosas de aquella insola. » Ella le dijo: «Si sois tan leal amador, que so el arco encantado entrárdes, allí veréis las hermosas imágenes de Apolidon é Grimanesa, é vuestro nombre escrito en una piedra, donde hallaréis otros dos nombres escritos, é no mas, aunque há cien años que aquel encantamento se hizo. — A Dios vayais, dijo Agrájes, que yo probaré si podré ser el tercero. » Amadís, que no menos esperanza tenia de aquella aventura acabar, segun en su corazon sentia, dijo contra sus hermanos: «Nosotros no somos enamorados, mas ternia por bien que aguardásemos á nuestro primo, que lo es, é lozano de corazon. — En el nombre de Dios, dijeron ellos; á él plega que sea por bien. »

Entonces movieron todos cuatro juntos con la doncella camino de la insola Firme. Don Florestan dijo á Amadís: «Señor, ¿vos sabeis algo de esta insola; que yo nunca della, aunque muchas tierras he andado, he oido hasta agora nada decir? — A mí me hobo dicho, dijo Amadís, un caballero mancebo que yo mucho amo, que es Arban, rey de Norgales, que muchas aventuras ha probado, que él ya estovo en esta insola cuatro dias, y que punara de ver estas aventuras é maravillas que en ella son, mas que á ninguna podiera dar cabo, é que se partió de allí con gran vergüenza; mas esta doncella vos lo puede muy bien decir, que es allí moradora, é segun dice, es hija del gobernador que la tiene. Don Florestan dijo á la doncella: «Amiga, señora, ruégoos por la fe que á Dios debeis que me digais todo lo que desta insola sabeis, pues que la largueza del camino á ello nos da lugar. — Eso haré yo de grado, como lo aprendí de aquellos en quien en la memoria les quedó. » Entonces les contó todo lo que la historia vos ha relatado, sin faltar ninguna cosa; de que, hó solamente maravillados de oír cosas tan extrañas fueron, mas muy deseosos de las probar, como aquellos que siempre sus fuertes corazones no eran satisfechos sino cuando las cosas en que los otros fallaban que ellos las probaban, deseándolas acabar, sin ningun peligro temer. Pues así como ois, andovieron tanto, que fué puesto el sol, y entrando por un valle, vieron en un prado tiendas armadas y gentes cabe ellas que andaban holgando; mas entre ellos era un caballero ricamente vestido que les pareció ser el mayor de todos ellos. La doncella les dijo: «Buenos señores, aquel que allí veis es mi padre, é quiero á él ir porque os haga honra. » Entonces se partió dellos, é diciendo al caballero la demanda de los cuatro compañeros, vino así á pié con su compañia á los rescebir, y desde se hobieron saludado rogóles que en una tienda se desarmasen, y que otro dia podrian sobir al castillo é probar aquellas aventuras. Ellos lo tovieron por bien; así que, desarmados é cenando, seyendo muy bien ser-

vidos, holgaron allí aquella noche; é otro dia de mañana con el gobernador é otros de los suyos se fueron al castillo por donde toda la insola se mandaba, que no era sino aquella entrada, que seria una echadura de arco de tierra firme, todo lo al estaba de la mar rodeado, aunque en la insola habia siete leguas en largo é cinco en ancho; é por aquello que era insola, é por lo poco que de tierra firme tenia, llamáronla insola Firme.

Pues allí llegados, entrando por la puerta, vieron un gran palacio las puertas abiertas é muchos escudos en él, puestos en tres maneras, que bien ciento dellos estaban acostados á unos poyos, é sobre ellos algunos estaban mas altos, y en otro poyo sobre los diez estaban dos, y el uno dellos estaba mas alto que el otro mas de la mitad. Amadís preguntó que por qué los pusieran así, é dijéronle que así era la bondad de cada uno cuyos los escudos eran, que en la cámara defendida quisieron entrar; é los que no llegaron al padron de cobre estaban los escudos en tierra, y los diez que llegaron al padron estaban mas altos, y de aquellos dos el mas bajo pasó por el padron de cobre, mas no pudo llegar al otro; y el que estaba mas alzado llegó al padron de mármol, que no pasó mas adelante. Entonces Amadís se llegó á los escudos por ver si conoceria alguno dellos; que en cada uno habia un rétulo de cuyo fuera, é miró los diez, y entre ellos estaba uno mas alto buena parte y tenia el campo negro é un leon así negro; pero habia las uñas blancas é los dientes é la boca bermeja, é conoció que aquel era de Arcalaus, y miró los dos escudos que mas alzados estaban, é el mas bajo habia el campo indio é un gigante en él figurado, é cabe él un caballero que le cortaba la cabeza, é conoció ser aquel del rey Abies de Irlanda, que allí viniera dos años antes que con Amadís se combatiera; é cató el otro, é tambien habia el campo indio y tres flores de oro en él, é aquel no le pudo conocer, mas leyó las letras que en él habia, que decian: «Este escudo es de don Cuadrangante, hermano del rey Abies de Irlanda, que no habia mas de doce dias que aquella aventura probara, y llegara al padron de mármol, donde ningun caballero habia llegado; y él era venido de su tierra á la Gran Bretaña por se combatir con Amadís por vengar la muerte del rey Abies, su hermano. Desde que Amadís vió los escudos mucho dudó aquella aventura, pues que tales caballeros no la acabaron; é salieron del palacio é fueron al arco de los leales amadores, y llegando al sitio que la entrada defendia, Agrájes se llegó al mármol, y decendiendo de su caballo é encomendándose á Dios, dijo: «Amor, si vos he sido leal, membradvos de mí. » E pasó el marco, y llegando so el arco, la imagen que encima estaba comenzó un són tan dulce, que Agrájes y todos los que lo oian sentian gran deleite; y llegó al palacio donde las imágenes de Apolidon y de Grimanesa estaban, que no les pareció sino propiamente vivas; é miró el jaspe é vió allí dos nombres escritos, y el suyo, y el primero que vió decia: *Esta aventura acabó Madanil, hijo del duque de Borgoña.* Y el otro decia: *Este es el nombre de don Bruneo de Bonamar, hijo de Vallados el marqués de Troque.* El suyo decia: *Este es Agrájes, fijo de Lanquines, rey de Escocia.* Y este Mada-

nil amó á Guinda Flamenca, señora de Flándes, é don Bruneo no habia mas de ocho dias que aquella aventura acabara; é aquella que él amaba era Melicia, hija del rey Perion de Gaula, hermana de Amadís. Entrando Agrájes, como ois, so el arco de los leales amadores, dijo Amadís á sus hermanos: «¿Probaréis vosotros esta aventura? — No, dijeron ellos; que no somos tan sojuzgados á esta pasion, que ¡la merezcamos acabar. — Pues vos sois dos, dijo Amadís, faced vos compañia, é si yo pudiere, la haré á mi primo Agrájes. » Entonces dió su caballo é sus armas á su escudero Gandalin, é fuése adelante lo mas presto que él pudo sin temor ninguno, como aquel que sentia no haber errado á su señora, no solamente por obra, mas por el pensamiento; é como fué so el arco, la imagen comenzó á hacer un són mucho mas diferenciado en dulzura que á los otros hacia, é por la boca de la trompa lanzaba flores muy hermosas, que gran olor daban, é caian en el campo muy espesas; así que, nunca á caballero que allí entrase fué lo semejante hecho, é pasó donde eran las imágenes de Apolidon é Grimanesa, é con mucha aficion las estovo mirando, paresciéndole muy hermosas é tan frescas como si vivas fuesen; é Agrájes, que algo de sus amores entendia, vino contra él de donde por la huerta andaba mirando las extrañas cosas que en ella habia, é abrazándole, le dijo: «Señor primo, no es razon que de aquí adelante nos encobramos nuestros amores. » Mas Amadís no le respondió; é tomándole por la mano, se fueron mirando aquel lugar, que muy sabroso é deleitoso era de ver.

Don Galaor é Florestan, que de fuera los atendian, viendo que tardaban, acordaron de ir á ver la cámara defendida, é rogaron á Isanjo el gobernador que gela mostrase; él les dijo que le placia, é tomándolos consigo, fué con ellos, é mostróles la cámara por defuera, é los padrones que ya oistes, é don Florestan dijo: «Señor hermano, ¿qué quereis hacer? Ninguna cosa; dijo él, que nunca hobe voluntad de acometer las cosas de encantamentos. Pues folgáos, dijo don Florestan; que yo ver quiero lo que hacer podré. Entonces encomendándose á Dios, é poniendo su escudo delante, é la espada en la mano, fué adelante, y entrando en lo defendido, sintióse herir de todas partes con lanzas y espadas de tan grandes golpes é tan espesos, que le semejaba que ningun hombre lo podria sufrir; mas como él era fuerte é valiente de corazon, no quedaba de ir adelante firiendo con su espada á una é á otra parte, é pareciale en la mano que feria hombres armados, y que la espada no cortaba; así pasó el padron de cobre y llegó fasta el de mármol, é allí cayó, é no pudo ir mas adelante, tan desapoderado de toda su fuerza, que no tenia mas sentido que si muerto fuese; é luego fué lanzado fuera del sitio, como lo facian á los otros. Don Galaor, que así lo vió, hobo dél mucho pesar, é dijo: «Como quiera que mi voluntad desta prueba apartada estoviese, no dejaré de tomar mi parte del peligro, é mandando á los escuderos é al Enano que dél no se partiesen y le echasen del agua fria por el rostro, tomó sus armas, y encomendándose á Dios, fuése contra la puerta de la cámara, é luego le firieron de todas partes de muy duros é grandes golpes, é con gran cuita llegó

al padron de mármol é abrazóse con él, y detóvose un poco; mas quanto un paso dió adelante fué tan cargado de golpes, qué no lo pudiendo sufrir, cayó en tierra, así como don Florestan, con tanto desacuerdo, que no sabía si era muerto ni si vivo; é luego fué lanzado fuera, así como los otros. Amadís é Agrájes, que gran pieza habian andado por la huerta, tornáronse á las imágenes, é vieron allí en el jaspe su nombre escripto, que decia: *Este es Amadís de Gaula, el leal enamorado, fijo del rey Perion de Gaula.* E así estando leyendo las letras con gran placer, llegó al marco Ardian el enano, dando voces, é dijo: «Señor Amadís, acorred, que vuestros hermanos son muertos.» E como esto oyó, salió de allí presto, é Agrájes tras él, y preguntando al Enano qué era lo que decia, dijo: «Señor, probáronse vuestros hermanos en la cámara é no la acabaron, y quedaron tales como muertos.»

Luego cabalgaron en sus caballos é fueron donde estaban, é fallólos tan mal trechos como ya oistes, aunque ya mas acordados. Agrájes, como era de gran corazon, decendió presto del caballo, é al mayor paso que pudo se fué con su espada en la mano contra la cámara, friendo á una é á otra parte; mas no bastó su fuerza de sufrir los golpes que le dieron, é cayó entre el padron de cobre y el de mármol, é atordido como los otros, lo llevaron fuera. Amadís comenzó á maldecir la venida que allí ficieran, é dijole á don Galaor, que ya cuasi en su acuerdo estaba: «Hermano, no puedo excusar mi cuerpo de lo no poner en el peligro que los vuestros.» Galaor lo quisiera detener, mas él tomó presto sus armas é fuése adelante, rogando á Dios que le ayudase; é cuando llegó al lugar defendido paró un poco é dijo: «¡Oh mi señora Oriana! de vos me viene á mí todo el esfuerzo é ardimiento; membrad vos, Señora, de mí á esta sazón en que tanto vuestra sabrosa membranza me es menester.» E luego pasó adelante, é sintióse ferir de todas partes duramente, y llegó al padron de mármol, é pasando dél, parecióle que todos los del mundo eran á lo ferir, é oía gran ruido de voces como si el mundo se fundiese, é decian: «Si este caballero tornais, no hay agora en el mundo otro que aquí entrar pueda. Pero él con aquella cuita no dejaba de ir adelante, cayendo á las veces de manos, é otras de rodillas; é la espada, con que muchos golpes diera, habia perdido de la mano, é andaba colgada de una correa, que no la podia cobrar; así llegó á la puerta de la cámara é vió una mano que le tomó por la suya é lo metió dentro, é oyó una voz que dijo: «Bien venga el caballero que pasando de bondad á aquel que este encantamento fizo, que en su tiempo par no tovo, será de aquí señor.» Aquella mano le pareció grande é dura, como de hombre viejo, y en el brazo tenia vestida una manga de jamete verde, é como dentro en la cámara fué soltóle la mano, que no la vió mas, y él quedó descansado é cobrado en toda su fuerza, é quitándose el escudo del cuello y el yelmo de la cabeza, metió la espada en la vaina, é gradeció á su señora Oriana aquella honra que por su causa ganara.

A esta sazón todos los del castillo, que las voces oyeran de cómo le otorgaban el señorío, y le vieron dentro, comenzaron á decir en alta voz: «Señor, vemos

complido, á Dios loor, lo que tanto deseado teniamos.» Los hermanos, que mas acordados eran, é vieron cómo Amadís acabara lo que todos habian faltado, fueron alegres por el gran amor que le tenían; é como estaban se mandaron llevar á la cámara, y el gobernador con todos los suyos llegaron á Amadís é por señor le besaron las manos. Cuando vieron las cosas extrañas que dentro en la cámara habia de labores é riquezas, fueron espantados de lo ver; mas no era nada con un apartamento que allí se facia donde Apolidon é su amiga albergaban; que este era de tal forma, que no solamente ninguno podría alcanzar á facerlo, mas ni entender cómo hacerse podría; y era de tal forma, que estando dentro, podian ver claramente lo que de fuera se ficiese, é los de fuera por ninguna guisa no verian nada de los de dentro. Allí estovieron todos una gran pieza con gran placer los caballeros, porque en su linaje hobiese tal caballero que pasase de bondad á todos los del mundo presentes é cien años á zaga; los de la insola por haber cobrado tal señor, con quien esperaban ser bienaventurados y señorear desde allí otras muchas tierras. Isanjo, el gobernador, dijo á Amadís: «Señor, bien será que comais é descanseis, é mañana serán aquí todos los hombres buenos de la tierra é vos harán homenaje, recibiéndoos por señor.» Con esto se salieron, y entrados en un gran palacio, comieron de aquello que aderezado estaba; é folgando aquel día, luego el siguiente vinieron allí asonados todos los mas de la insola con grandes juegos é alegrías; quedando ellos por sus vasallos, tomaron á Amadís por su señor con aquellas seguridades que en aquel tiempo é tierra se acostumbraban.

Así como la historia ha contado fué la insola Firme por Amadís ganada, en cabo de cien años que aquel fermoso Apolidon la dejó con aquellos encantamentos, que verdaderos testigos fueron que en todo este medio tiempo nunca allí aportó caballero que á la su bondad pasase. Pues si desto tal gloria é fama alcanzó, juzguenlo aquellos que las grandes cosas con las armas trataron, vencedores y vencidos, los primeros sintiendo en sí lo que este caballero Amadís sentir pudo; é los otros la victoria esperando, al contrario convertida, la desventura suya llorando.» Pues destos dos extremos ¿cuál habrémos el mejor? Por cierto, digo que el primero, segun la flaqueza humana, que medida no tiene, puede atraer con soberbia á grandes pecados, y el segundo gran desesperacion. ¿Quién se porná entre ellos, que lo mejor lleve? Aquel juicio razonable dado del Señor verdadero á los hombres sobre todas las cosas vivas, que conoce lo próspero é adverso no ser durable, doctrinando y esforzando el corazon á que á lo uno é otro sojuzgue, este podría alcanzar el medio bienaventurado. Pues ¿tomará este medio Amadís de Gaula en lo que agora la movable fortuna le apareja, mostrando los beleños é ponzoñas que en medio destas tales alegrías, desta tan grande alteza escondidos tenían? Yo creo que no; antes así como sin medida las cosas hasta allí favorables le ocurrieron, sin entrelado alguno ni combate que con la fortuna habido hobiese; así sin comparacion su corazon é discrecion serán della vencidos é sojuzgados, no le valiendo ni remediando las fuertes armas, la

CAPITULO II.

De cómo Durin se partió con la carta de Oriana para Amadís; é vista de Amadís la carta, dejó todo lo que tenia emprendido, é se fué con una desesperacion á una selva escondidamente.

Pues Durin, cumpliendo el mandado de Oriana, partió luego en un palafren muy andador; así que, en cabo de diez dias fué llegado en Sobradisa, donde la fermosa reina Briolanja era; la cual, seyendo él en su presencia llegado, le pareció la mas fermosa mujer, despues de Oriana, que él habia visto; é sabido della cómo dos dias antes que él llegase Amadís é sus hermanos é su cohermano Agrájes de allí partieran, él, tomando su rastro, tanto andovo, que á la insola Firme llegó al tiempo que Amadís entraba debajo del arco de los leales enamorados; é vió que la imagen hizo por él mas que por los otros habia hecho; é como quiera que cuando Amadís de allí salió por las nuevas que de sus hermanos le dijieran, él lo vió con Gandalin, no le dió la carta, ni despues, fasta que en la cámara defendida entró, y de todos los de la insola por señor fué rescebido; y esto hizo él por consejo de Gandalin, que sabiendo ser la carta de Oriana, temiendo lo que en ella venir podría, ora que fuese alegre ó triste, que ante su señor hobiese recibido aquel señorío que otra alguna alteracion ó entrelado le viniese; que bien cierto era él que no solamente aquello, mas el mundo que suyo fuese dejaria luego por cumplir lo que por ella le fuese mandado; mas despues que las cosas aseogadas fueron Amadís mandó llamar á Durin por le preguntar nuevas de la corte del rey Lisuarte; y venido á su mandado, é paseando con él por una huerta asaz deleitosa, é apartado de sus hermanos una pieza, y de todos los otros que ende estaban, le fué preguntado si venia de la corte del rey Lisuarte, que le dijese las nuevas que de allá sabia. Durin le respondió é dijo: «Señor, yo dejo la corte en la disposicion que era cuando de allá vos partistes; pero yo á vos vengo con mandado de mi señora Oriana, é por esta carta veréis la causa de mi venida. Amadís tomó la carta, é aunque su corazon grande alegría sintiese con ella, temiendo que Durin nada de su secreto sabia, encubrió lo mas que pudo; y la tristeza no pudo facer que, habiendo leído las fuertes é temerosas palabras que en ella venian, no bastó el esfuerzo ni el juicio que claramente no mostrase ser llegado á la cruel muerte, con tantas lágrimas, con tantos suspiros, que no parecia sino ser hecho pedazos su corazon; quedando tan desmayado é fuera de sentido, como si el ánima ya de las carnes partida fuera. Durin, que mucho sin sospecha desto estaba, cuando aquello vió, llorando muy fuertemente, maldecia á sí é á su ventura é á la muerte porque antes que allí llegase no le habia sobrevenido.

Amadís, no pudiendo estar en pié, sentóse en la yerba que allí estaba, é tomó la carta que se le habia de las manos caido, é cuando vió el sobrescripto que decia: «Yo soy la doncella ferida de punta de espada por el corazon, é vos sois el que me feristes,» su cuita fué tan sin medida, que por una pieza estuvo amortecido, de que Durin fué muy espantado, é quiso llamar á sus hermanos; pero, como vió el secreto que para

sabrosa membranza de su señora, la braveza grande del corazon, mas la gran piedad de aquel Señor, que por reparo de los pecadores y de los atribulados en este mundo vino, como agora lo triste é despues lo alegre se vos contará.

Como ya se dijo antes desto, en la primera parte desta grande historia, cómo seyendo Oriana, por las palabras que al Enano oyó de las piezas de la espada, á la ira é saña sojuzgada, é puesta en tan grande alteracion, que muy poco fruto sacaron Mabilia ni la doncella de Denamarca de los verdaderos consejos que por ellas le fueron dados; é agora se os contará lo que sobre esto hizo ella desde aquel dia, siempre dando lugar á que la pasion suya creciese, mudada su acostumbrada condicion, que era estar en la compañía de aquellas, apartándose con mucha esquiveza, todo lo mas del tiempo estaba sola, pensando cómo podría, en venganza de su saña, dar la pena que merecia aquel que la causara; é acordó que pues la presencia apartada era, que en ausencia todo su sentimiento por escripto manifesto le fuese; é fallándose sola en su cámara, tomando de su cofre tinta é pergamino, una carta escribió, que decia así:

CARTA QUE LA SEÑORA ORIANA ENVIA Á SU AMANTE AMADÍS.

Mi rabiosa queja, acompañada de sobrada razon, da lugar á que la flaca mano declare lo que el triste corazon encubrir no puede contra vos el falso y desleal caballero Amadís de Gaula; pues ya es conocida la deslealtad é poca firmeza que contra mí, la mas desdichada y menguada de ventura sobre todas las del mundo, habeis mostrado, mudando vuestro querer de mí, que sobre todas las cosas vos amaba, poniéndole en aquella que, segun su edad, para la amar ni conocer su discrecion basta; é pues otra venganza mi sojuzgado corazon tomar no puede, quiero todo el sobrado y mal empleado amor que en vos tenia apartarlo; pues gran yerro seria querer á quien, á mí desamando, todas las cosas desame por le querer y amar. ¡Oh qué mal empleé é sojuzgué mi corazon, que en pago de mis suspiros é pasiones, burlada y desechada fuese! E pues este engaño es ya manifesto, no parezcáis ante mí ni en parte donde yo sea; porque sed cierto que el muy encendido amor que vos habia es tornado, por vuestro merecimiento, en muy rabiosa é cruel saña; é con vuestra quebrantada fe é sábios engaños id á engañar otra cautiva mujer como yo, que así me vencí de vuestras engañosas palabras, de las cuales ninguna salva ni excusa serán recibidas; antes, sin vos ver, plañiré con mis lágrimas mi desastrada ventura é con ellas daré fin á mi vida, acabando mi triste planto.

Acabada la carta, cerróla con sello de Amadís muy conocido, é puso en el sobrescrito: «Yo soy la doncella ferida de punta de espada por el corazon, é vos sois el que me feristes.» E hablando en gran secreto con un doncel que Durin se llamaba, hermano de la doncella de Denamarca, le mandó que no holgase fasta llegar al reino de Sobradisa, donde fallaria á Amadís, é aquella carta le diese, é que mirase al leer della su semblante y que aquel dia le aguardase, no tomando dél respuesta aunque dársele quisiese.

tal cosa se requería tener, hobo recelo que Amadís faría gran enojo; mas seyendo ya él recordado, dijo con gran dolor: «Señor Dios, ¿por qué vos plugo de me dar muerte sin merecimiento?» E despues dijo: «¡Ay lealtad, qué mal galardón dais á aquel que vos nunca faltó. Fecistes á mi señora que me falleciese, sabiendo vos que antes mil veces por la muerte pasaría que pasar su mandado.» E tornando á tomar la carta, dijo: «Vos sois la causa de la mi dolorosa fin, é porque mas cedo me sobrevenga iréis conmigo.» E metiéndola en su seno é dijo á Durin: «¿Mandaróte otra cosa que me dijese?» —No, dijo él. —Pues llevarás mi mandado, dijo Amadís. —No, Señor, dijo él; que me defendieron que lo no llevase. —É Mabilia é tu hermana ¿no te dijeron algo que me dijese?» —No supieron, dijo Durin, de mi venida; que mi señora me mandó que dellas la encobriese. —¡Ay santa María! valme, dijo Amadís; agora veo que la mi desventura es sin remedio.» Entónces se fué á un arroyo que salía de una fuente, é lavóse el rostro é los ojos, é dijo á Durin que llamase á Gandalin, é que viniesen solos. Él así lo hizo, é cuando á él llegaron falláronlo tal como muerto, é así estuvo una gran pieza cuidando; é cuando acordó dijo que le llamasen á Isanjo el gobernador, é como él vino dijole: «Quiero que como leal caballero me prometades que fasta mañana, despues que mis hermanos oyeren misa, no diréis ninguna cosa de cuanto agora veréis.» Él así lo prometió, é otra tal fianza tomó de aquellos dos escuderos; luego mandó á Isanjo que le ficiese tener secretamente abierta la puerta del castillo, é Gandalin que sacase sus armas é caballo fuera sin que persona lo sintiese.

Ellos se fueron á cumplir lo que les mandaba, y él quedó pensando en un sueño que aquella noche pasada soñara; que le pareciera fallarse encima de un otero cubierto de árboles en su caballo é armado, é al derredor dél mucha gente que facía grande alegría, é que llegaba por entre ellos un hombre que le decía: «Señor, comed desto que en esta bujeta traigo.» E que le facía comer dello; é pareciale gustar la mas amarga cosa que hallarse podría; é sintiéndose con ello muy desmayado é desconsolado, soltaba la rienda del caballo é íbase por donde él quería, é pareciale que la gente que antes alegre estaba se tornaba tan triste, que él habia duelo dello; mas el caballo se alongaba con él léjos é le metía por entre unos árboles, donde veía un lugar de unas piedras que de agua eran cercadas, é dejando el caballo é las armas, se metía allí como que por ello esperaba descanso; é que venía á él un hombre viejo vestido de paños de orden, é le tomaba por la mano, llegando á sí, mostrando piedad, é deciale unas palabras en lenguaje que las no entendía, é con esto despertara; é agora le parecia que, como quiera que por vano lo habia tenido, que como verdadero lo fallaba; é cuando así en esto pensando estuvo una pieza, tomando á Durin consigo, fablando con él y escondiendo el rostro de sus hermanos é de la otra gente porque su pasión no sintiesen, se fué á la puerta del castillo, donde falló los hijos de Isanjo, que la puerta abierta tenían. E Isanjo, que fuera estaba, Amadís le dijo: «Id vos conmigo é queden vuestros hijos, é faced

que no digan desto ninguna cosa.» Entónces se fueron ambos á la ermita que al pié de la peña estaba; é allí iba ya con ellos Gandalin é Durin.

Amadís iba sospirando é gimiendo con tanta angustia é dolor, que los que lo veían eran puestos en dolor en así lo ver; é demandando las armas, se armó, é preguntó á Isanjo que de qué santo era aquella iglesia; él le dijo que de la Virgen María, é que allí muchas veces se hacían milagros; él entró dentro, é fíncados los hinojos en tierra, llorando dijo: «Señora Virgen María, consoladora é reparadora de los atribulados, á vos, Señora, me encomiendo que me acorraís con vuestro glorioso Fijo que haya piedad de mí, é si su voluntad es de me no remediar el cuerpo, haya merced desta mi ánima en este mi postrimero tiempo; que otra cosa, si la muerte no, no espero.» E luego llamó á Isanjo é dijole: «Quiero que como leal caballero me prometais de hacer lo que aquí vos diré.» E volviéndose á Gandalin, le tomó entre sus brazos llorando fuertemente; é así lo tuvo una pieza sin que hablar le pudiese, é dijole: «Mi buen amigo Gandalin, yo é tú fuimos en uno é á una leche criados, é nuestra vida siempre fué de consuno, é yo nunca fui en afán ni en peligro en que tú no hobieses parte; é tu padre me sacó de la mar tan pequeña cosa como desa noche nacido; é criáronme como buen padre é madre á fijo mucho amado; é tú, mi leal amigo, nunca pensastes sino en me servir; é yo, esperando que Dios me daria alguna honra con que algo de tu merecimiento satisfacer podiese, hame venido esta tan gran desventura, que por mas cruel que la propia muerte la tengo, donde conviene que nos partamos, é yo no tengo qué te dejar sino solamente esta ínsola; é mando á Isanjo é á todos los otros, por el homenaje que me tienen fecho, que tanto que de mi muerte sepan te tomen por señor; é como quiera que este señorío tuyo sea, mando que lo gocen tu padre é madre en sus días, é despues á tí libre quede. Esto por cuanta crianza á mí hicieron, que mi ventura no me dejó llegar á tiempo de les satisfacer lo que ellos merecen é lo que yo deseaba.» Entónces dijo á Isanjo que de las rentas de la ínsola que guardadas tenia tomase tanto para que allí en aquella ermita pudiese hacer un monasterio á honra de la Virgen María, en que pudiesen bien vivir treinta frailes, é les diese renta para se sostener. Gandalin le dijo: «Señor, nunca vos cuita hobistes en que de vos yo fuese partido, ni agora lo seré por ninguna cosa; é si vos moriédes, yo no quiero vivir; que despues de la vuestra muerte nunca Dios me dé honra ni señorío; y este que á mí me dais daldó á alguno de vuestros hermanos; que yo no lo tomaré ni lo he menester. —Cállate por Dios, dijo Amadís; no digas tal locura ni me fagas pesar, pues lo nunca feciste, é cúmplase lo que yo quiero; que mis hermanos son tan bienaventurados y de tan alto fecho de armas, que bien podrán ganar grandes tierras é señoríos para sí é aun para los dar á otros.» Entónces dijo: «¡Ay Isanjo, mi buen amigo! mucho pesar tengo por no ser á tiempo que vos pudiese honrar como vos lo mereceis; pero yo vos dejo entre tales que lo cumplirán por mí.» Isanjo le dijo llorando: «Señor, pidoos que me lleveis con vos, é yo pasaré lo que vos pasádes; y esto de-

mando en pago de la voluntad que me teneis. — Mi amigo, dijo Amadís, así tengo yo que lo fariades, pero á esta mi dolencia no la puede socorrer sino Dios, é á él quiero que me guie por la su piedad, sin llevar otra compañía.» E dijo á Gandalin: «Amigo, si quisieres ser caballero, sélo luego con estas mis armas; que pues tan bien las guardaste, con razón deben ser tuyas; que á mí ya poco me hacen menester; si no, fágate mi hermano don Galaor, é digaselo Isanjo de mi parte, é sirvelo é aguárdalo en mi lugar; que sábete que á este amé yo siempre sobre cuantos son en mi linaje, é dél llevo gran pesar en mi corazón, mas que de todos los otros; y esto es con razón, porque vale mas, é me fué siempre muy homilde, por donde agora me pone en doblada tristeza; é dile que le encomiendo yo á Ardián el mi enano, que le traiga consigo é no le desampare; é dí al Enano que viva con él é lo sirva.» Cuando ellos esto oyeron hacían gran duelo, sin le responder ninguna cosa, por le no hacer enojo. Amadís los abrazó, diciendo: «A Dios vos encomiendo; que nunca pienso de jamas os ver.» E defendiéndoles que en ninguna manera fuesen en pos dél, puso las espaldas á su caballo sin se le acordar de tomar el yelmo ni escudo ni lanza, é metióse muy presto por la espesa montaña, no á otra parte sino adonde el caballo lo quería llevar, é así anduvo hasta mas de la media noche sin sentido ninguno, hasta que el caballo topó en un arroyuelo de agua que de una fuente salía, é con la sed se fué por él arriba hasta que llegó á beber en ella; é dando las ramas de los árboles á Amadís en el rostro, recordó en su sentido, é miró á una é otra parte, mas no vió sino espesas matas, é hobo gran placer, creyendo que muy apartado y escondido estaba; é tanto que su caballo bebió apeóse dél, é atándole á un árbol, se asentó en la yerba verde para facer su duelo; mas tanto habia llorado, que la cabeza tenia desvanecida; así que, se adormeció.

CAPITULO III.

De cómo Gandalin é Durin fueron tras Amadís en rastro del camino que habia llevado, é lleváronle las armas que habia dejado, é de cómo le fallaron; é se combatió con un caballero é le venció.

Gandalin, que en la ermita quedara con los otros que oistes, cuando así vió ir á Amadís dijo muy fieramente llorando: «No estaré que no vaya en pos dél, aunque me lo defendió, é llevarle he sus armas.» E Durin le dijo: «Yo te quiero hacer compañía esta noche, é mucho me placiera que con mejor acuerdo lo fallásemos.» E luego cabalgando en sus caballos, se dispidieron de Isanjo é se metieron por la via que él fuera. E Isanjo se fué al castillo, é echóse en su lecho con muy gran pesar; mas Gandalin é Durin, que por la floresta se metieron, andovieron á todas partes, é la ventura, que los guió cerca de donde Amadís estaba, relincó su caballo, que los otros sintió, é luego conocieron que allí era, é fueron muy paso por entre las matas porque no los sintiese, que no osaban ante él parecer; é seyendo mas cerca, decendieron de los caballos, é Gandalin fué muy encubierto, é llegó á la fuente, é vió que Amadís dormía sobre la yerba, é tomando su caballo, se tornó con él donde Durin queda-

ra, é quitándoles los frenos, dejáronlos pacer é comer en las ramas verdes, y estovieron quedos; mas no tardó mucho que Amadís no despertó; que, con el gran sobresalto del corazón, no era el sueño reposado; é levantóse en pié é vió que la luna se ponía, é que aun habia buen rato de la noche por pasar; é por ser la floresta espesa estuvo quedo, é tornándose á sentar, dijo: «¡Ay ventura! cosa liviana é sin raíz, ¿por qué me persistes en tan gran alteza entre los otros caballeros, pues tan ligeramente della me decendiste? Agora veo yo bien que mas tu mal en una hora puede dañar que tu bien aprovechar en mill años, porque si deleites é placeres en los tiempos pasados me diste, cruelmente me los robando, hasme dejado en mucha mayor amargura que la muerte; é pues que así ventura te placía, facer debieras igualar lo uno con lo otro; que bien sabes tú si alguna folganza é descanso en lo pasado me otorgaste, que no fué sin ser mezclado con grandes angustias é congojas. Pues en esta crueza de que agora me atormentas siquiera reservarás en ella alguna esperanza donde esta mi cuitada vida en algun rinconcillo se pudiera recoger; mas tú has usado de aquel oficio para que establecida fuese, que es al contrario del pensamiento de los hombres mortales, que teniendo por ciertas é durables aquellas honras, pompas é vanas glorias perecederas que de tí nos vienen, como firmes las tomamos, no nos acordando que, demás de los tormentos que nuestros cuerpos reciben en las sostener, las almas son en la fin en gran peligro é duda de su salvación puestas. Mas si con aquellos claros ojos del entendimiento que el Señor muy alto nos dió, seyendo escurecidos con nuestras pasiones é aficiones, tus mudanzas mirar quisiésemos, por mucho mejor lo adverso que lo tuyo próspero debíamos tener; porque lo próspero seyendo á nuestras calidades é apetitos conforme, abrazándonos con aquellas dulzuras que adelante se nos representan, en la fin en grandes amarguras é fonduras sin ningún remedio somos caídos; é lo adverso seyendo al contrario, no de la razón, mas de la voluntad, si lo que ella codicia deseclásemos, seríamos sobidos de lo bajo á lo alto en perpétua gloria; mas yo triste, sin ventura, ¿qué faré? que el juicio ni mis flacas fuerzas no bastan á resistir tan grave tentación; que si todo lo del mundo siendo mio me quitaras, solamente la voluntad de mi señora dejando, esta bastaba para me sostener en alteza bienaventurada; pero esta faltando, no pudiendo yo sin ella la vida sostener, digo que sin comparación es contra mí tu crueldad. Yo te ruego, en pago de te haber sido tan leal servidor, que por cada momento é hora la muerte no trague; si á tí es otorgado con los tormentos la vida quitar, me la quites, habiendo piedad de aquello que tú sabes que viviendo padezco.» Y desde que esto hobo dicho callóse, y estovo desmayado una pieza del mucho llorar, que no sabia parte de sí, é dijo: «¡Oh mi señora Oriana! vos me habeis llegado á la muerte por el defendimiento que me faceis; que yo no tengo de pasar vuestro mandado; pues guardándole, no guardo la vida; esta muerte rescibo á sinrazón, de que mucho dolor tengo, no por la recibir, pues con ella vuestra voluntad se satisface, que no podría yo en tanto la vida

tener que por la menor cosa que á vuestro placer tocase no fuese mill veces por la muerte trocada. Si esta saña vuestra con razon se tomara meresciéndolo, llevara la pena yo, é vos, mi señora, el descanso, en haber ejecutado vuestra ira justamente; y esto vos ficiera vivir tan leda vida, que mi alma do quiera que vaya de vuestro placer en sí sentiría gran descanso; mas, como yo sin cargo sea, siendo por vos sabido ser la crueza que contra mí se hace mas con pasión que con razon, desde agora lo que en esta vida durare, é despues en la otra, comienzo á llorar é plañir la cuita é grande dolor que por mi causa vos sobrevendrá, é mucho mas por no le quedar remedio, seyendo yo desta vida partido.» E demás desto, dijo: «¡Oh rey Perion de Gaula, mi padre é mi señor, ¡cuán poca razon teneis vos, no sabiendo la causa de mi muerte, de vos della doler! Antes, segun vuestro grande valor é de vuestros preciados hijos, debeis tomar consuelo, por que seyendo yo obligado á seguir vuestras grandes proezas, aborrescido, desesperado como caballero cautivo, que los duros golpes de la fortuna resistir no puedo, yo mismo por consuelo é remedio la muerte tome; pero sabiendo la razon dello, cierto só yo que no me culpáriades; mas á Dios plega que lo no sepais, pues que vuestro dolor al mio remediar no puede; antes seyendo por mi sentido, en muy mayor cantidad acrecentado seria.»

Esto así dicho, estovo un poco que no fabló, mas luego con gran llanto é fuertes gemidos dijo: «¡Oh bueno é leal caballero, mi amo Gandáles! de vos llevo yo gran pesar, porque mi contraria fortuna no me dejó que os galardonasen aquel beneficio tan grande que de vos rescabí; porque vos, mi buen amo, me sacastes de la mar tan pequeña cosa como desa noche nacido; dísteme vida é crianza como á proprio fijo; é si así como los mis primeros dias en vuestros dias se augmentaron, los postrimeros en ellos fenesciesen, muy folgada la mi ánima deste mundo se partiría; lo cual hacer no se pudiendo, siempre de vos en gran deseo seré.» E asimismo fabló en el su leal amigo Angriote de Estravaus, y en el rey Arban de Norgales, y en Guilan el cuidador, é los otros sus grandes amigos, é al cabo dijo: «¡Oh Mabilia! mi prima é señora, é vos, buena doncella de Denamarca, ¡dónde tardó tanto la vuestra ayuda é socorro, que así me dejastes matar? Cierito, mis buenas amigas, no me tardara yo, habiéndlo menester mi ayuda, en vos socorrer; agora veo yo bien, pues vos me desamparastes, que todo el mundo es contra mí, é todos son tratadores en la mi muerte.» Y callóse, que no dijo mas, dando muy grandes gemidos, é Gandalin é Durin, que lo oían, facian muy gran duelo, mas no osaban ante él parescer.

Pues ellos así estando, pasaba por un camino que cerca dellos era un caballero cantando, é cuando cerca de donde estaba Amadís llegó, comenzó á decir: «Amor, amor, mucho tengo que vos agradecer por el bien que de vos me viene, é por la grande alteza en que me habeis puesto, sobre todos los otros caballeros, llevándome siempre de bien en mejor; que vos me fecistes amar á la muy hermosa reina Sardamira, creyendo yo tener su corazon extrañamente con la honra que desta

tierra llevaré; é agora por me poner en muy mayor bien-aventuranza me hecistes amar la fija del mejor Rey del mundo, y esta es aquella hermosa Oriana, que en el mundo par no tiene. Amor, esta me hecistes vos amar, é daisme esfuerzo para la servir.» Y desde esto hobo dicho, fuéso un árbol grande que cerca del camino estaba, que allí queria él atender hasta la mañana; mas de otra guisa le avino; que Gandalin dijo á Durin: «Quedáos, é yo quiero ir á ver lo que Amadís querrá hacer.» E yendo donde él estaba, fallóle que se levantara ya, é andaba buscando su caballo, que no lo fallaba; é como vió á Gandalin: «¿Qué hombre eres tú, que ende andas? Por merced que me lo digais.—Señor, dijo él, soy Gandalin, que os quiero traer vuestro caballo.» El le dijo: «¿Quién te mandó venir á mi sobre mi defendimiento? Sábeta que me has hecho gran pesar, é daca, dame mi caballo, é véte tu vía; no te detengas aquí mas; si no, barásmeme que mate á tí é á mí.—Señor, dijo Gandalin, por Dios, dejáos deso, é decidme si oistes las locuras que dijo un caballero que allí está.» Y esto le decía por le poner en alguna saña que la otra algo ficiese olvidar. Amadís le dijo: «Bien oí cuanto dijo, é por eso quiero yo mi caballo, en que me vaya de aquí; que mucho he tardado.—¿Cómo! dijo Gandalin, ¿no faréis mas contra el caballero?—Y ¿qué tengo yo de hacer? dijo Amadís.—Que vos combatais con él, dijo Gandalin, é le hagais conocer su locura.» E Amadís le dijo: «¿Cómo! ¿eres loco en esto que dices? Sábeta que no tengo seso ni corazon ni esfuerzo, que todo es perdido cuando perdí la merced de mi señora; que della, é no de mí, me venia todo, é así ella lo ha llevado; é sabes que tanto valgo para me combatir, cuanto un caballero muerto; que en toda la Gran Bretaña no hay tan cautivo ni tan flaco caballero que ligeramente no me matase si con él me combatiere; que te diré que soy el mas vencido y desesperado que todos los que en el mundo son.» Gandalin le dijo: «Señor, mucho me pesa de á tal tiempo fallecer vuestro corazon é gran bondad; é por Dios fablad paso; que allí está Durin, que oyó el duelo que fecistes, é todo lo que el caballero dijo.—¿Cómo! dijo Amadís, ¿aquí está Durin?—Sí, dijo él, que entrambos venimos juntos; é pienso que viene por ver lo que haceis, porque lo sepa contar á quien acá lo envió.» Amadís le dijo: «Pésame de lo que me has dicho.» Pero sabiendo que allí estaba Durin, crecióle el corazon y esfuerzo, é dijo: «Agora me da el caballo é guíame al caballero.» Gandalin gelo trajo é las armas, y él cabalgó é tomó las armas, é Gandalin fué á le mostrar el caballero, é no tardó que le vieron estar debajo de un árbol, é tenia el caballo por las riendas, é llegóse cerca dél Amadís é dijole: «Vos, caballero, que estáis holgando, conviene que os levanteis y que veamos cómo sabeis mantener amor de quien vos tanto loais.» El caballero se levantó é dijo: «¿Quién eres tú, que tal me preguntas? Agora verás cómo manterné amor si conmigo te osares combatir; que te faré poner espanto á tí é á todos los que de amor son desamparados.—Agora lo verémos, dijo Amadís; que yo soy de aquellos desamparados dél, é soy solo el que jamás en él fiara, porque con grandes servicios que le fice me dió mal galardón, no lo mereciendo; á vos, don caballero enamorado,

diré mas; que nunca en él fallé tanta verdad, que siete tanto de mentira no fallase. Agora venid é mantened su razon, é veamos si ganó mas en vos que perdió en mí.» E cuando esto decía ensañóse como aquel á quien contra toda razon su señora le dejara.

El caballero cabalgó é tomó sus armas é dijo: «Vos, caballero desesperado de amor, é despreciador de todo bien, en que hablar no debíades, que si amor os desamparó, fizo ende gran razon, que tal como vos no era para le acompañar ni servir; é veyendo él que no lo valíades, vos apartó de sí. E idvos luego, no estéis mas aquí; que solamente de vos ver me toma gran enojo, é cualquiera arma que en vos posiese la despreciaría por ello.» E quisose ir, é Amadís le dijo: «Caballero, ó vos no quereis defender amor sino con palabras, ó vos is con cobardía.—E ¿cómo! caballero, dijo él, yo te dejaba por no te preciar nada, ¿é tú cuidas que por temor? Gran demandador eres de tu daño; agora te guarda, si podieres.» Entonces corrieron los caballos á todo poder uno contra otro lo mas recio que podieron, é firieronse de las lanzas en los escudos; así que, los falsaron é detovieron en los arneses, que eran muy fuertes; mas el caballero, que era enamorado, fué á tierra sin ningún detenimiento, é al caer llevó las riendas en la mano, é cabalgó luego en su caballo, así como aquel que era valiente é ligero, é Amadís le dijo: «Si mejor no manteneis amor de la espada que de la lanza, mal empleado es en vos el buen galardón que os ha dado.» El caballero no respondió ninguna cosa, mas metió mano á la espada muy sañudo é fuéso para él; é Amadís, que ya la espada en la mano tenia, movió contra él, é firieronse ambos, y el caballero lo firió en el brocal del escudo; así que, el golpe fué en soslayo, é metió por él un palmo de la espada, é cuando la quiso sacar no pudo, é Amadís apretó la espada en la mano é alzóse sobre los estribos, é dióle un gran golpe por encima del yelmo; así que, tajó cuanto alcanzó del almofar del arnés, é cortóle de la cabeza fasta el casco, é la espada abajó, é dió en el cuello del caballo, é cortó la mitad dél; así que, entrambos fueron al suelo, y el caballo murió luego, y el caballero quedó tan desacordado, que no sabia de sí. Amadís, que lo vió estar, atendió un poco por ver si acordaría, que pensaba que muerto era, é cuando algo mas acordado lo vió dijole: «Caballero, cuanto en vos ganó amor, é vos con él, sea vuestro é suyo; que yo irme quiero.» E partiéndose dél, llamó á Gandalin, é vió á Durin que con él estaba, que todo lo pasado había visto, é dijole: «Amigo Durin, el mi desamparamiento no ha par, ni la mi cuita é soledad no es de sufrir; é conviémeme que muera, é á Dios plega que cedo sea, é la muerte me seria ya folganza, segun deste tan esquivo é cruel dolor soy atormentado; agora véte en buena ventura, é saludame mucho á Mabilia, mi buena prima, é á la buena doncella de Denamarca, tu hermana, é diles que se duelen de mí, que vó á morir á la mayor sinrazon que nunca en el mundo caballero murió; é diles que gran cuita llevo en el mi corazon por ellas, que tanto me amaban é tanto por mí hicieron, sin que de mí ningún galardón hobiesen.» Esto decía él llorando muy fieramente á maravilla, é Durin estaba delante dél llorando; así que, no le podía responder.

Amadís lo abrazó é acomendólo a Dios, é besóle la falda del arnés é despidióse dél.

Entonces parecia el alba, é Amadís dijo á Gandalin: «Si quieres ir conmigo, no me estorbes de ninguna cosa que yo haga ni diga; sino luego dende aquí te ve.» El respondió que así lo haría; dándole las armas, mandóle que sacase la espada del escudo é la diese al caballero, é se fuese en pos dél.

CAPITULO IV.

Que recuenta quién era el caballero vencido de Amadís, é de las cosas que le habían ante acaesido que fuese vencido por Amadís.

Aqueste caballero herido, de que ya vos contamos, había nombre Patin, y era hermano de don Sidon, que á la sazón era emperador de Roma, y era el mejor caballero en armas de todas aquellas tierras, tanto, que de todos los del imperio era muy temido; y el Emperador había mucha vejez é no tenia heredero ninguno, que todos pensaban que este Patin sucedería en el imperio. El amaba una reina de Cerdeña, llamada Sardamira, que era mujer muy apuesta é hermosa doncella, que siendo sobrina de la Emperatriz, se había criado en su casa; é tanto la sirvió, que le hobo de prometer, si de casar hobiese, que ante casaría con él que con otro. El Patin, oyendo esto, tomando consigo mayor orgullo que él de su propio natural tenia, que no era poco, dijole: «Mi amiga, yo he oido decir que el rey Lisuarte tiene una hija que por el mundo de gran hermosura es loada, é yo quiero ir á su corte, é diré que no es tan hermosa como vos, y que esto combatiré á los dos mejores caballeros que lo contrario dijeren; que me dicen que los hay allí muy preciados en armas; é si los no venciere en un dia, quiero que aquel Rey me mande tajar la cabeza.—Eso no hagais vos, dijo la Reina; que si aquella doncella es muy hermosa, no me quita á mí la parte que Dios me dió, si alguna es, y en otra cosa de mas razon y menos soberbia podeis mostrar vuestra bondad; que esta demanda en que vos poneis, demás de no ser honesta, para hombre de tan alto lugar como vos, segun es fuera de razon é soberbiosa, no debeis della esperar buen fin.—Como quiera que avenga, dijo él, esto que digo compliré en vuestro servicio é amor grande que vos tengo, en señal que, así como vos sois la mas hermosa mujer del mundo, sois amada del mejor caballero que en él hallarse podría.» E así se despidió della, é con sus ricas armas é diez escuderos pasó en la Gran Bretaña, é fuéso luego donde supo que el rey Lisuarte era; el cual, como así acompañado le vió, pensó que seria hombre de manera, é recibiólo muy bien; y desde fué desarmado todos le miraban, como era grande de cuerpo y que por razon debía en sí tener gran valentía. El Rey le preguntó quién era. El le dijo: «Rey, yo vos lo diré, que no vengo á vuestra casa para me encobrir, sino para me vos facer conocer. Sabed que yo soy el Patin, hermano del emperador de Roma, é tanto que vea á la Reina é su hija Oriana sabréis la causa demi venida.» Cuando el Rey oyó ser hombre de tan alto logar, abrazólo é dijole: «Buen amigo, mucho nos place con vuestra venida; é á la Reina é á su hija, é á todas las otras de mi casa, veréis cuando vos plo-

guiere.» Entonce lo sentó consigo á la mesa, donde comieron como en mesa de tal hombre.

El Patin miraba á todas partes, é como veía tantos caballeros, maravillábase de los ver, é no tenía en tanto como nada la casa del Emperador su hermano ni ninguna otra que él hobiese visto. Don Grumedan lo llevó á su posada, por mandado del Rey, é le hizo mucha honra. Otro día, despues de haber oído misa, el Rey tomó consigo al Patin é á don Grumedan, é fué para la Reina, que ya sabía quién era por el Rey. Recibido della, lízole sentar ante sí é cabe su hija, que muy menoscabada era de la hermosura que tener solía por la saña que ya oistes. Cuando el Patin la vió fué espantado, y entre sí decía que todos los que la loaban no decían la mitad de lo que ella era hermosa; así que, fué su corazón mudado de aquello por que viniera, é puesto en haberla con todas sus fuerzas, é pensó que seyendo él de tan gran guisa é tan bueno en sí, y que habría el imperio, que si la demandase en casamiento, que no le sería negada; é apartando al Rey é á la Reina, les dijo: «Yo soy venido á vuestra casa por casamiento mio é de vuestra hija; é esto es por la bondad vuestra é por la su fermosura; que si otras yo quisiese de tan gran guisa, fallaría, segun quien yo soy é lo que espero tener.» El Rey le dijo: «Mucho vos agradecemos lo que dicho habeis, mas yo é la Reina hemos prometido á nuestra hija de no la casar contra su voluntad, é converná que le hablemos ante de os responder.» Esto decía el Rey porque no fuese dél desavenido; mas no tenía en corazón de la dar á él ni á otro que de aquella tierra, donde ella había de ser señora, la sacase.

Esta respuesta fué el Patin muy contento, y esperó allí cinco dias, pensando recaudar aquello que tanto deseaba; mas el Rey ni la Reina, teniéndolo por desvario, no dijeron nada á su hija; mas el Patin preguntó un día al Rey cómo le iba en su casamiento; él le dijo: «Yo fago cuanto puedo; mas menester es que hableis con mi hija é le roguéis que haga mi mandado.» El Patin se fué á Oriana é díjole: «Señora Oriana, yo os quiero rogar una cosa, que será mucho vuestra honra é provecho.—¿Qué cosa es? dijo ella.— Que hagais mandado de vuestro padre,» dijo él. Ella, que no sabía por cuál razon lo decía, dijo: «Eso faré yo muy de grado; que bien cierta soy que se ganan estas dos cosas que decis, honra é provecho.» El Patin fué muy ledo de tal respuesta, que bien cuidó que ya la había ganado, é dijo: «Yo quiero ir por esta tierra á buscar las aventuras, é antes de mucho oiréis hablar de mí tales cosas, que con mas razon os harán otorgar lo que yo deseo.» E así lo dijo al Rey, que luego se quería partir por ver las maravillas de aquella su tierra. El Rey le dijo: «En vos es eso; mas si me creyérdes, dejáros-hí-ades dello; que hallaréis grandes aventuras é peligrosas, é muy fuertes é recios caballeros, usados en armas.—De todo eso, dijo él, me place mucho; que si ellos son fuertes é ardides, no me fallarán flaco ni laso; lo que mis obras os dirán.» Y despedido dél, fué su camino, muy alegre de la respuesta de Oriana, é por esta causa lo iba cantando, como ya oistes, cuando la su contraria fortuna lo guió á aquella parte donde Amadis hacia su duelo. Esta es la razon por donde este caballero vino de tierra tan lueñe.

Pues agora sobre el propósito tornando, que despues que Durin se apartó de Amadis, seyendo ya de día claro, pasó por donde el Patin estaba llagado, y él había de la cabeza quitado lo que del yelmo le quedara, é tenía todo el rostro y el pescuezo lleno de sangre, é como vió á Durin, díjole: «Buen doncel, decidme, que Dios os haga hombre bueno, si sabeis aquí cerca algun lugar donde podiese haber remedio desta llaga.—Sí sé, dijo él; mas en los que allí son es la tristeza tan sobrada, que en al no pararán mientes.—¿Por qué es eso? dijo el caballero.—Por un caballero, dijo Durin, que habiendo ganado aquel señorío, é visto las imágenes é cosas secretas de Apolidon é su amiga, lo que otro ninguno hasta agora ver pudo, es de allí partido con tan gran pesar, que dello no se espera si su muerte no.—A mí me parece, dijo el caballero, que hablais de la insula Firme.—Verdad es, dijo Durin.—¿Cómo! dijo el caballero, ¿ya tiene señor? por Dios pésame; que allá iba yo por me probar ende é ganar el señorío.» Durin se sonrió é dijo: «Cierto, caballero, si de vuestra bondad algo no traeis encobierta, cuanto por lo que aquí mostrastes, poca pro os toviere, é antes creo que fuera vuestra deshonra.» El caballero se levantó así como pudo, é quisole echar mano de la rienda; mas Durin se arretró dél, é como lo no pudo tomar, dijo: «Doncel, decidme quién fué el caballero que la insula Firme ganó.—Decidme vos primero quién sois, dijo Durin.—Por eso no quedará, dijo él; sabed que yo soy el Patin, hermano del emperador de Roma.—A Dios merced, dijo Durin, que sois mas alto de linaje que de bondad de armas ni de mesura. Agora sabed que el caballero por quien preguntais es aquel que de vos se partió; que, segun lo que en él vistes, bien podréis creer que mereció ser dino de ganar lo que ganó.» E partiéndose dél, se fué su via, é tomó del derecho camino de Lóndres, con gran gana de contar á Oriana todo lo que viera de Amadis.

CAPITULO V.

Cómo don Galaor é Florestan é Agrájes se fueron en busca de Amadis, é de cómo Amadis, dejadas las armas é mudando el nombre, se retrajo con un buen viejo en un ermita á la vida solitaria.

Cómo Amadis se partió con gran cuita de la insula Firme, ya se vos dijo que fué tan encobierto, que don Galaor ni don Florestan, sus hermanos, y su primo Agrájes no lo sintieron, é cómo tomó seguridad de Isanjo que gelo no dijese hasta otro día, despues de haber oído misa; pues Isanjo así lo hizo, que habiendo oído la misa, ellos preguntaron por Amadis, y él les dijo: «Armadvos, é decirvos he su mandado.» Y desde armados fueron Isanjo comenzó á llorar muy fieramente é dijo: «¡Oh señores, qué cuita é qué dolor vino sobre nosotros en nos durar tan poco nuestro señor!» Entonce les contó cómo Amadis se partiera del castillo, é la cuita y el duelo que hiciera, é todo cuanto les mandara decir, é lo que á él mandaba hacer de aquella tierra, é cómo les rogaba que no fuesen en pos dél, que no podían por ninguna manera ponerle remedio ni darle conhorto, é que por Dios no tomasen pesar por la su muerte. «¡Oh santa María! val, dijeron ellos; á morir va el mejor caballero del mundo; menester es que, pa-

sando su mandado, lo vayamos á buscar, é si con nuestra vida no le podiéremos dar consuelo, será nuestra muerte en compañía de la suya.» Isanjo dijo á don Galaor cómo le rogaba que hiciese caballero á Gandalin é trajese consigo á Ardian el enano. Y esto les decía Isanjo haciendo muy gran duelo, y ellos por el semejante. Galaor tomó entre sus brazos al Enano, que hacia gran duelo é daba con la cabeza en una pared, é díjole: «Ardian, véte conmigo, como lo mandó tu señor; que lo que de mí fuere será de tí.» El Enano le dijo: «Señor, yo vos aguardaré, mas no por señor, hasta que sepa nuevas ciertas de Amadis.»

Entonce cabalgaron en sus caballos, é mostrándoles Isanjo el camino que Amadis llevara, por él todos tres se metieron, é andovieron todo el día sin que hallasen á quien preguntar, é llegaron donde estaba el Patin llagado é su caballo muerto, é sus escuderos, que eran venidos, é andaban cortando madera é ramas en que lo llevasen, que estaba muy desmayado de la mucha sangre que perdiera, é no les pudo decir nada, é hizoles señas que lo dejasen; é preguntaron á los escuderos que quién hiriera á aquel caballero. Ellos dijeron que no sabían sino tanto que cuando ellos á él llegaron, que les dijo que había justado con un caballero que de la insula Firme venia, y que lo derribara del primer encuentro muy ligeramente, y que luego tornara á cabalgar, é de un solo golpe de la espada le hiciera aquella llaga é le matara el caballo; é desde se dél partió dijo que había sabido de un doncel que aquel caballero era el que ganó el señorío de la insula Firme. Don Galaor les dijo: «Buenos escuderos, ¿vistes vos á la parte que ese caballero fué?—No, dijeron ellos; pero antes que allí llegásemos vimos por esta floresta ir un caballero armado, encima de un gran caballo, llorando é maldiciendo su ventura, é un escudero en pos dél, que las armas le llevaba; y el escudo había el campo de oro, é dos leones cárdenos en él; é asimesmo iba el escudero muy fuertemente llorando.» Ellos dijeron: «Aquel es.»

Entonce se fueron contra aquella parte á mas andar, é á la salida de aquella floresta fallaron un gran campo, en que había muchas carreras á todas partes, en las cuales había rastro; así que, no podían en el suyo atinar. Entonce acordaron de se partir, y que para saber lo que cada uno había en aquella demanda buscado, é por las tierras que anduviera, fuesen juntos en el día de san Juan en casa del rey Lisuarte; é si fasta entonce su ventura les fuese tan contraria que dél no sopiesen, que allí tomarian otro acuerdo; y luego se abrazaron llorando y se partieron de en uno, llevando muy firme en sus corazones de tomar todo el afán que en la demanda ocurrir pudiese, fasta la acabar; mas esto fué en vano; que, como quiera que muchas tierras andovieron, en que grandes cosas é muy peligrosas en armas pasaron, como aquellos que de fuertes y bravos corazones eran, é sofridores de mucho afán, no fué su ventura de saber dél ninguna nueva; las cuales no serán aquí recontadas, porque de la demanda fallecieron, no la acabando, é la causa dello fué que Amadis se partió donde llagado dejó al Patin, é anduvo por la floresta, é á la salida della falló un campo en que había muchas carreras, é desvíose dél porque de allí no tomasen ras-

tro, y metióse por un valle é por una montaña, é iba pensando tan fieramente, que el caballo se iba por donde quería; é á la hora de mediodía llegó el caballo á unos árboles que eran en una ribera de una agua que de la montaña descendía, é con el gran calor é trabajo de la noche paró allí, é Amadis recordó de su cuidado, é miró á todas partes, é no vió poblado ninguno, do que hobo placer. Entonce se apeó y bebió del agua, é Gandalin llegó, que trás él iba, é tomando los caballos é poniéndolos donde paciesen de la yerba, se tornó á su señor, é fallólo tan desmayado, que mas semejava muerto que vivo; mas no le osó quitar de su cuidado, y echóse delante dél. Amadis acordó de su pensar á tal hora que el sol se quería poner, y levantándose, dió del pié á Gandalin, é dijo: «¿Duerme, ó qué faces?—No duermo, dijo él, mas estoy pensando en dos cosas que á vos atañen, é si me quisierdes oír, deciros las he; si no, dejarme he dello.» Amadis le dijo: «Vé, ensilla los caballos, é irme he; que no quería que me fallasen los que me buscan.—Señor, dijo Gandalin, vos estáis en lugar apartado, é vuestro caballo, segun que está laso é cansado, si le no dais algun reposo no vos podrá llevar.» Amadis le dijo llorando: «Faz lo que por bien toviere; que folgando ni andando no tengo yo de haber descanso.»

Gandalin curó de los caballos é tornó á él, é rogólo que comiese de una empanada que traía, mas no lo quiso hacer, é díjole: «Señor, ¿queréis que os diga las dos cosas en que pensaba?—Di lo que quisieres, dijo él; que ya por cosa que se diga ni se faga no doy nada, ni querría mas vivir en el mundo de cuanto á confesion llegado fuese.» Gandalin dijo: «Todavía, Señor, os ruego que me oyais.» Entonce dijo: «Yo he pensado mucho en esta carta que Oriana vos envió, y en las palabras que el caballero con que vos combatistes dijo; como la firmeza de muchas mujeres sea muy livjana, mudando su querer de unos en otros, puede ser que Oriana os tiene errado, é quiso antes que lo vos sopiésedes fingir enojo contra vos; é la otra cosa es, que yo la tengo por tan buena y tan leal, que no así se movería sin alguna cosa que falsamente de vos le habrán dicho, que por verdadera ella la terná, sintiendo por su corazón, que tan firme vos ama, que así el vuestro debía hacer á ella; é pues que vos sabeis que la nunca errastes, é si algo le fué dicho, que se ha de saber la verdad, en que seréis sin culpa, por donde no solamente se arrepentirá de lo que hizo, mas con mucha homildad vos demandará perdón, é tornaréis con ella á aquellos grandes deleites que vuestro corazón desea, ¿no es mejor que, esperando este remedio, comais é tomeis tal consuelo, con que la vida sostener se pueda, que muriendo con tan poca esperanza y corazón, perdais á ella y perdais la honra deste mundo, é aun el otro que tengais en condicion?—Por Dios, cállate, dijo Amadis; que tal locura y mentira has dicho, que con ello se enojaria todo el mundo; é tú dicesmelo por me conhortar, lo que no pienses que puede ser; que Oriana, mi señora, nunca erró en cosa ninguna, é si yo muero, es con razon, no porque lo yo merezca, mas porque con ello cumplo su voluntad y mando; é si yo no entendiese que por me conhortar lo has dicho, yo te tajaria la cabeza; é sábete que me has